

# Dos voces de la derecha durante el régimen de Gustavo Díaz Ordaz: Jesús Guisa y Azevedo y Jorge Prieto Laurens

Ricardo Pérez Montfort\*

El sexenio durante el cual el licenciado Gustavo Díaz Ordaz ocupara la presidencia de la República Mexicana, alberga una fecha y una crisis social y política que es referencia obligatoria en la historia contemporánea del país: 1968. Una buena cantidad de manuales sobre los acontecimientos políticos, económicos y sociales del presente siglo en México se refieren al 68 como el momento que desenmascaró, no sólo al régimen de Díaz Ordaz, sino también al fin de «el milagro mexicano».<sup>1</sup>

Aún cuando el 68 sea, en gran medida, la clave para desentrañar el complicado enredo político y económico que diera fin a una etapa del desarrollo nacional, el sexenio de 1964-70 tuvo otra serie de características que de no considerarse difícilmente se comprendería este proceso.

Hacia finales del periodo presidencial de Adolfo López Mateos el país experimentó un viraje político que atacó cuatro grandes rubros: se redujeron las concesiones económicas hacia los sectores populares, aun cuando hubo «un crecimiento sin precedentes a costa de las alianzas entre el capital exterior y el nacional»;<sup>2</sup> se reprimió con severidad a los disidentes; se entibió el apoyo a Cuba, dado el crecimiento de la dependencia con los Estados Unidos; y se abrieron nuevamente las puertas a las empresas transnacionales.<sup>3</sup>

Estando conscientes de que partimos de un parámetro un tanto esquemático y muy general, podríamos resumir el modelo de desarrollo de fines de aquel sexenio en la siguiente frase: beneficios económicos a costa de un

<sup>1</sup> Francisco José Paoli, *Estado y Sociedad en México 1917-1984*, Océano, México, 1985; Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro*, Cal y Arena, México, 1988.

<sup>2</sup> Bertha Lerner de Sheinbaum, y Susana Ralsky de Cimmet, *El Poder de los presidentes*, IMEP, México, 1976, p. 368.

<sup>3</sup> *Ibidem*.

estricto control político. El crecimiento incidió en un restablecimiento de la actividad económica, de la que el Secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena, afirmaba en el año de 1964, había aumentado un 10 % en el producto nacional bruto.<sup>4</sup> En la bolsa de valores se registraron tasas de crecimiento altísimas y las buenas relaciones con Estados Unidos tranquilizaron a los sectores empresariales, quienes reinvirtieron en el país en un momento en el que, por tradición, se daba la fuga de capitales —la sucesión presidencial.<sup>5</sup>

En materia política, la recuperación económica y la «mano dura» repercutieron en una escasa movilización popular. Organizaciones muy activas durante el sexenio de López Mateos como el Movimiento de Liberación Nacional, el Movimiento Revolucionario del Magisterio, el Consejo Nacional Ferrocarrilero y la Central Campesina Independiente fueron perdiendo fuerza hacia 1963-64, tanto por presiones externas como por divisiones internas. Las izquierdas y las derechas vivieron un momento de relativa marginación. En sus manifestaciones extremas ambas se quedaron fuera de la contienda electoral. Las primeras, representadas por el Frente Electoral del Pueblo, al cual pertenecían la CCI y el Partido Comunista no obtuvieron el registro. Y las segundas seguían debatiendo los problemas suscitados por el divisionismo que caracterizó la reestructuración del sinarquismo en el Bajío.<sup>6</sup>

La actividad de las otras organizaciones más «cercanas» al poder, como el PPS o el PARM, se hermanó con la del partido oficial, y sólo el PAN presentó un candidato un tanto menor para las elecciones presidenciales —José González Torres. Sin embargo su campaña, que a duras penas podría considerarse como una «movilización», fuera ésta popular o de élites, le produjo poco más del 10% del total de los votos computados, en comparación con el 88% que obtuvo el PRI.<sup>7</sup>

Las fallidas experiencias ferrocarrileras y mineras que tuvieron lugar durante ese régimen que terminaba, tal vez atenuaron las fuerzas que desafiaban la autoridad gubernamental reivindicando mejoras económicas y sociales. Estas fuerzas se trasladarían entonces a los sectores medios quienes serían los encargados de protagonizar los principales conflictos sociales del régimen de Díaz Ordaz.

<sup>4</sup> *Excelsior*, 26 de marzo 1965

<sup>5</sup> Lerner de Sheinbaum, *op. cit.*, p. 369.

<sup>6</sup> Roger Bartra, «Al fondo a la derecha» en *Nexos* 64, México,

<sup>7</sup> Carlos Martínez Assad, (comp.) *La sucesión presidencial en México*, UNAM, Nueva Imagen, México, 1981, p.16-17.

No son pocos los autores que atribuyen dichos conflictos a la confrontación del autoritarismo del gobierno con una clase media en pleno despertar político. Pero el autoritarismo no debió haber sido una sorpresa, ya que al inicio de aquel sexenio la promesa gubernamental era la continuación de la política lopezmateísta: desarrollo económico con un orden político estricto.<sup>8</sup>

A partir del modelo que concebía ese desarrollo a través del endeudamiento moderado, la inversión extranjera y los créditos nacionales, los recursos del país debían aprovecharse mejor. Esto se pretendía hacer a través de la tecnocratización y de la buena administración. De ahí que el gobierno insistiera en ejercer un control más estricto de sus empresas tanto económicas como políticas.<sup>9</sup>

La respuesta del régimen hacia las diversas agitaciones, tanto en la élite política como en la sociedad civil, mostró una clara intolerancia. Los casos de remociones en la «clase política» como la de Carlos Madrazo en el partido oficial, de Ernesto P. Uruchurtu en el Departamento del Distrito Federal y de Ignacio Chávez en la Universidad Nacional Autónoma de México —las tres debidas a muy distintas razones—, fueron en gran medida muestras del autoritarismo imperante entre 1964 y 1970. Una clara incapacidad para negociar y conciliar estuvo presente en la mayoría de los conflictos internos de aquella «clase política», misma que se encontraba nuevamente entre dos fuegos: el de la satisfacción de sus propias demandas con ciertas exigencias populares, y el del fortalecimiento del sistema presidencialista. Quien hacía más caso a las primeras, no tuvo lugar en el régimen de Díaz Ordaz.

Pero ese régimen tampoco se acomodó a la búsqueda de apertura y participación política de los sectores medios, y respondió con abusos de autoridad y una gran falta de sensibilidad hacia sus interlocutores. El autoritarismo, pues, fue el signo que marcó la acción del gobierno hacia estas demandas.<sup>10</sup> Los dos clásicos ejemplos fueron el movimiento de los médicos en 1965 y del movimiento estudiantil de 1968.

En la tradicional alianza de los sectores empresariales con los regímenes poscardenistas, el gobierno de Díaz Ordaz también tuvo cierta crisis de autoridad. Una política de apertura hacia los empresarios extranjeros y un sangrado del 20% en el presupuesto federal que se dedicaba al pago de la

<sup>8</sup> Lerner de Sheinbaum, *op. cit.*, p. 377.

<sup>9</sup> *Ibidem*. Estas autoras citan un párrafo del «Ideario Político de Gustavo Díaz Ordaz» que me parece a cual más sugerente. Dice «El gobierno no es una entidad todopoderosa y diferente del pueblo, dotada de recursos propios e inagotables, para resolverle a éste sus problemas, sino que sólo es un administrador, un representante, un organizador, un ejecutor...».

<sup>10</sup> Paoli, *op. cit.*, p. 70.

deuda pública, también distanció al régimen de los empresarios pequeños y medianos que formaban la CANACINTRA. Pero el autoritarismo diazordazista no tuvo en ese distanciamiento una manifestación tan violenta como sí lo hizo con los sectores medios. Más bien terminó reconciliándose promoviendo una política de inversiones directas y de estímulos fiscales para el sector empresarial nacional quien a su vez avaló el modelo del régimen desde 1965 hasta 1970.<sup>11</sup>

Por otra parte, el gobierno de Díaz Ordaz no estuvo expuesto a grandes movilizaciones obreras y campesinas, por lo que sus métodos no fueron tan evidentes en estas áreas. Cierto es que ambos sectores, controlados por el mismo sistema de alianza entre gobierno y centrales, tuvieron fricciones importantes con el régimen. Sin embargo a través de una combinación de reformas —reparto agrario, concesiones y reubicación política— y represiones —los transportistas y los copreros—, que al parecer se complementaban tanto en materia de control como de legitimación política, los movimientos obrero y campesino se mantuvieron relativamente tranquilos durante aquel período de 1964 a 1970.<sup>12</sup> Tal vez pueda utilizarse como prueba de lo anterior la ausencia de vínculos entre la movilización de los sectores medios y los otros dos.

En materia de relaciones internacionales, el régimen de Díaz Ordaz aprovechó la diversificación de financiamientos extranjeros promovida por su antecesor, aunque favoreció los provenientes de los Estados Unidos. La apertura hacia los empresarios externos fue considerable. En 1970 la inversión externa en el país se elevó a 2 000 millones de dólares mientras que en 1965 había sido de 1 750 millones.<sup>13</sup>

En medio de esta complicada situación dos figuras importantes del pensamiento de derecha mexicano exhibieron sus puntos de vista, no siempre con la claridad deseada. Partiendo de experiencias muy distintas, Jesús Guisa y Azevedo y Jorge Prieto Laurens, mantuvieron una posición semejante frente a los acontecimientos de aquel sexenio. Sin embargo cada uno tuvo su versión del momento y por lo tanto su propia crítica.

Varios antecedentes del pensamiento de la derecha podrían remontarse hasta las primeras dos décadas del México posrevolucionario, es decir: a los años de 1920-40. Es entonces cuando, claramente inmersos en las corrien-

<sup>11</sup> Marco Antonio Alcázar, *Las agrupaciones patronales en México*, COLMEX, México, 1977, p. 53.

<sup>12</sup> Moisés González Navarro, *La Confederación Nacional Campesina*, Costa-Amic, México, 1968 p. 269-293; Paulina Fernández Christlieb y Octavio Rodríguez Araujo, *En el sexenio de Tlatelolco (1964-1970)*, Vol. 13 de *La Clase Obrera en la Historia de México, Siglo XXI Editores*, México, 1985, p. 273-364.

<sup>13</sup> Lerner de Sheinbaum, *op. cit.*, p. 400.

tes nacionalistas y fascistas en boga, los avatares de dicho pensamiento encuentran sus manifestaciones más visibles. Desde la formación misma del Partido Fascista Mexicano en 1923, hasta el surgimiento de la Unión Nacional Sinarquista en 1937 y el Partido de Acción Nacional en 1939, son muchas las organizaciones que enarbolan los principios derechistas.<sup>14</sup> Destacan entre ellas: la Confederación de la Clase Media, los «Camisas Doradas» también conocidos como la Acción Revolucionaria Mexicanista, la Unión Nacional de Veteranos de la Revolución y El Comité Pro-Raza. Las características generales del discurso inicial de estas organizaciones parecen tener una curiosa continuidad hasta los años sesenta, cuando algunos actores de aquellos movimientos de derecha de los años veinte y treinta reaparecen en la discusión política.

Así durante la década de los sesenta convivieron varios importantes pensadores y activistas de derecha de épocas pasadas tales como Alfonso Junco, Salvador Borrego, Salvador Abascal y René Capistrán Garza. Los dos escogidos para este ensayo, también se perfilan como representativos de ciertas líneas paralelas dentro de su propia corriente, con claros antecedentes en movimientos reaccionarios de décadas anteriores.

Mientras Guisa y Azevedo representaba a una derecha «ilustrada» independiente, aunque bastante bien identificada con los intereses de la iglesia católica, Prieto Laurens formaba parte de aquellos grupos sumamente resentidos con los resultados de la Revolución Mexicana, que con una actividad política mucho más intensa y un tanto menos «intelectual», sustentaban gran parte de sus principios en el anti-comunismo.

Como características generales del pensamiento de derecha vigente durante el sexenio de Díaz Ordaz —y tal vez de muchas otras épocas— se encontraban: el uso irrestricto de categorías como la propiedad, la familia, la Patria, el honor, la dignidad, el orden, la autoridad, el hispanismo y la reivindicación de los valores cristianos. Aun cuando se trata de categorías que corresponden a espacios diversos, tanto de la actividad política como del pensamiento de derecha, éstas se pueden identificar como elementos imprescindibles en su discurso, tanto en ese como en tiempos anteriores.<sup>15</sup>

Otro elemento fundamental en dicho discurso es su llamado «anti». Por lo general, la reacción se sustenta en la negación de aquello que considera

<sup>14</sup> Ricardo Pérez Montfort, *Por la patria y por la raza; el discurso nacionalista de la derecha secular durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas*, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1993.

<sup>15</sup> Gastón García Cantú, *El Pensamiento de la reacción mexicana*, Tomo II, UNAM, México, 1987; Hugh G. Campbell, *La derecha radical en México, 1929-1949*, Sep-Setentas, México, 1976.

hostil a su principios. Más que afirmar estos últimos, dedica un enorme esfuerzo en desautorizar a quienes considera sus detractores. Los planteamientos anti-indigenistas, anti-gobiernistas, anti-comunistas, etcétera, son particularmente caros para los radicales de derecha. Sin embargo, en la medida en que se eleva el nivel del discurso, estos «antis» se disimulan y diluyen para dar pie a proposiciones un tanto más positivas.

Aún así, hay varias cuestiones más que permean el pensamiento de la derecha. La fe y la convicción de la existencia de una «verdad», hacen de su concepción —de la naturaleza y de la vida en general— un asunto bastante rígido e intolerante. Por otra parte, una visión muy maniquea del mundo contribuye a las constantes referencias morales y éticas, tanto en actividades como en proyectos. De ahí que invariablemente establezcan parámetros de razonamiento basados en «el bien» y «el mal». Su hispanismo, fundado en el cristianismo más rígido, deriva por lo general, en una concepción histórica sumamente eurocentrista y anti-revolucionaria, que contrasta con su particular nacionalismo.<sup>16</sup>

Pero intentemos dejar el terreno de la generalidades para caracterizar con mayor precisión el pensamiento y la acción de Jesús Guisa y Azevedo y Jorge Prieto Laurens durante el sexenio de Gustavo Díaz Ordaz, para después revisar sus opiniones concretas sobre los sucesos de 1968.

Jesús Guisa y Azevedo nació en Salvatierra, Guanajuato en 1900 y murió en el D.F. en 1986. Fue bisnieto directo de José María Izazaga, quien luchó junto con Hidalgo y Allende durante la Independencia de México. Guisa estudió en el Seminario de Morelia, Michoacán. Durante el periodo revolucionario de 1910-1920 salió del país, estableciéndose en Bélgica. En 1923 se doctoró en la Universidad de Lovaina con una tesis titulada *Análisis y crítica de la doctrina política de la reacción* que en 1941 publicó en su propia editorial «Polis». Estuvo en España desde aquel 1923 hasta 1925, año en que regresó a México a trabajar como editorialista y redactor del periódico *Excelsior*. Sus severas críticas al régimen del general Plutarco Elías Calles, pero sobre todo por su catolicismo militante y agresivo, lo llevaron a enfrentar al régimen posrevolucionario en plena guerra cristera. En 1927 junto con Victoriano Salado Alvarez y José Elguero fue desterrado del país. Cercano a José Vasconcelos, intentó regresar a México en 1929, sin embargo

<sup>16</sup> Pérez Montfort, *Por la patria y por la raza...*

fue hasta 1934 cuando se le vio nuevamente en la Ciudad de México. En ese mismo año dictó la cátedra de filosofía tomista en la Universidad Nacional Autónoma de México. Sin embargo su intolerancia lo llevó a constantes enfrentamientos con estudiantes y demás profesores, hasta que en 1936 fue expulsado de la institución. En ese mismo año fundó la Editorial «Polis» en donde publicaría la mayor parte de sus obras, pero sobre todo la revista *Lectura, Libros e Ideas*, que siguió publicando desde 1937 hasta 1986. De 1938 a 1956 colaboró en *Novedades* y poco a poco se fue integrando a la «élite intelectual» y artística del país. Aun cuando su posición política era sumamente reaccionaria se relacionó con figuras que militaban en el ámbito de las izquierdas como Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. En 1956 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, de la que se retiró escandalosamente en 1980.

Jesús Guisa y Azevedo fundó una librería que estaba en el pasaje Iturbide y que se llamaba «Taberna Libraria». Ahí vendía los libros y revistas editados por «Polis» y eran célebres sus charlas y discusiones a las que se exponían los transeuntes menos interesados. Aunque, al parecer, hubo mucha gente que lo buscó y siguió hasta su muerte.<sup>17</sup>

Escribió más de una docena de libros entre los que destacan: *El tomismo de Balmes en su tratado de la certeza* (1924), *Lovaina de donde vengo* (1937), *Chesterton, tres ensayos* (1937), *Doctrina política de la reacción* (1941), *Hispanidad y germanismo* (1946), *Los católicos y la política* (1952), *Estado y ciudadanía* (1957) *Me lo dijo Vasconcelos* (1965), *Acción Nacional es un equívoco* (1966), *Elogio del vino* (1971) y *Don Quijote y Sancho* (1984).

Ya en un ámbito un tanto más filosófico don Jesús Guisa y Azevedo se definía a sí mismo como «neo-escolasticista». Sin embargo se ubicó más bien dentro de un catolicismo militante que podía derivarse hacia distintas líneas del pensamiento de la derecha. En su libro *Me lo dijo Vasconcelos*, escrito y publicado durante el sexenio de Díaz Ordaz, Guisa expuso muchos de sus principios ideológicos. Se consideraba humanista en función del siguiente razonamiento:

*El hombre, y para ser precisos y ampliamente verdaderos, el Hombre Dios, es la medida del universo. El nos da la inclinación de ir a lo cumplidamente humano, que es lo divino. El nos mueve a buscar el orden y nos coloca y mantiene en él. Estimula la inteligencia y la alumbra; robustece la voluntad y la guía; suministra salud y vigor al cuerpo*<sup>18</sup>

<sup>17</sup> *Excelsior*, 23 de julio de 1990.

<sup>18</sup> Jesús Guisa y Azevedo, *Me lo dijo Vasconcelos*, Polis, México, 1965, p. 78.

El conocimiento de ese Hombre-Dios «...esto es, ni más ni menos, que descubrir la esencia del hombre...» era la meta del humanismo de Guisa. Para ello había que reivindicar ciertos principios, como todo lo referente a la doctrina cris-tiana, y desechar otros, como todo aquello que se le opusiera. Como buen pensador de derecha no dejó de lanzar sus dardos en contra de lo que no iba con su concepción de humanismo. Fervientemente anti-comunista don Jesús deturpaba a los seguidores de —«aquel par de malhechores»— Marx y Freud de la siguiente manera:

*...Y los comunistas hablan de humanismo. Dicen amar al hombre y pretenden probar su dicho matando al hombre. El progreso continuo, la fatalidad del advenimiento de la sociedad sin clases, la perfecta igualdad consistente en darle a cada quien según sus necesidades y en hacer imposible por inútil la autoridad del Estado, son cosas que, no por inexorables, los exime a ellos de apresurarlas. Por esto falsifican monedas, enamoran a las mujeres perdidas para robarles sus ganancias de tratantes de torpezas y cultivadoras de vicios, fomentan la infidelidad a la patria, prometen, se obligan, declaran, firman documentos, pero para no cumplir y hacer mofa de su misma palabra. El humanismo de ellos consiste en borrar los rasgos divinos de nuestra faz...<sup>19</sup>*

Pero fiel a los principios cristianos, don Jesús —muy en contra suya— también se acercaba a los lineamientos del socialismo utópico. Aun cuando defendía la propiedad privada como uno de los puntos «sagrados» de su doctrina, al comentar la *Encíclica Rerum Novarum* de León XIII revitalizada en la *Mater et Magistra* de Juan XXIII, afirmaba:

*...La propiedad tiene una función social. Todos los bienes de la tierra son para todos los hombres. El hombre en lo individual, y los poderes públicos como órganos del bien común, tienen que fincar sus acciones en la libertad. Y los que más tienen, se trate de bienes materiales o espirituales, están obligados a dar más...<sup>20</sup>*

Independientemente de sus posibles contradicciones, los puntos de vista de Guisa y Azevedo eran una clara muestra de esa continuidad que caracteriza al pensamiento de la derecha mexicana desde fines del siglo

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 79 y 80.

<sup>20</sup> *Lectura, Libros e Ideas*, 15 de agosto de 1961, pp. 102 y 103.

pasado hasta el presente. Su catolicismo se convertía constantemente en un hispanismo recalcitrante, que lo mismo enfrentaba al indigenismo que afirmaba su concepción jerárquica de la sociedad y la cultura. En párrafos como el siguiente dicho pensamiento afloraba de la forma más prístina:

*...Los misioneros son los antepasados espirituales de los maestros de hoy. El gobierno debería estar patrióticamente interesado no sólo en mantener el catolicismo, sino en fomentarlo. Es, ese catolicismo, lo único que le da fisonomía a México. El indigenismo, dejado solo, como quieren algunos, los más necios, es hacer caso omiso de más de cuatro siglos de obra altamente humana. La lengua castellana es un elemento de una eficacia bien probada, de conciencia de unidad y de superioridad...<sup>21</sup>*

Concibiendo a la patria como un bien privado, esto es: asegurando su capacidad de garantizar la propiedad privada, la protección de los individuos, y las libertades para quienes se identifican con ella, el nacionalismo de Guisa permitía la identificación de la figura materna como la generadora de la conciencia nacional. Como pilar de la estructura nuclear y «sagrada» de la familia, la madre era el signo de la nacionalidad, mientras que el padre era el símbolo de la autoridad. A ambos la tradición les daba los elementos para guiar a sus hijos, y por lo tanto su conservadurismo no era otra cosa más que el afán de preservar la autenticidad de «lo mexicano». Al respecto, Guisa, escribió: «...Por su apego, por su fidelidad a la fe de nuestros padres y a los modos que tuvieron éstos de entender y practicar la vida, la madre mexicana es la conservadora y transmisora de las excelencias de la nacionalidad...»<sup>22</sup>

Pero haciendo a un lado estas preocupaciones de orden teórico y general —lo cual es muy difícil ya que don Jesús era ante todo un «hombre de ideas»—, veamos las opiniones fundamentales que tuvo sobre el México de Díaz Ordaz.

En primer término es necesario asentar que el presidencialismo era parte integral de la concepción de Guisa sobre este país. Decía:

*...México sigue siendo el país de un hombre... Y esto es decir que los presidentes de la República son eso no sólo porque son presidentes, sino porque lo son de México...<sup>23</sup>*

<sup>21</sup> Guisa y Azevedo, *op. cit.*, pp. 161-162.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 181.

<sup>23</sup> *Lectura* 1 de diciembre de 1968, p. 69.

Y esto, que se debía a razones históricas y espirituales, hacía difícil la transformación entre lo «tradicional» y lo «moderno». Como buen conservador, Guisa se inclinaba más por lo tradicional, pero entendía las necesidades de la tecnocratización. Pero esta transformación, cuya responsabilidad era materia fundamental de la política, debía hacerse con equilibrio, y su encargado era antes que nadie, el presidente de la República.

Después de los acontecimientos de 1968, que se verán más adelante, Guisa intentó justificar al régimen de Díaz Ordaz a partir de las dificultades políticas que las transformaciones del país traían consigo. Aun cuando afirmaba que «...la política mexicana tiene que contar con el mexicano...» ésta debía adecuarse a los tiempos modernos, «a las novedades». De esta manera los «posibles errores» del régimen quedaban justificados. A fines de aquel año de 1968 don Jesús afirmó:

*...Las fuerzas económicas ahora, más que nunca, y debido al despertar de todos los hombres para ver y desear las comodidades de la era industrial, lo cual, por otra parte, es justicia, se ha impuesto, claro que por la cuenta que les reporta, y se hace presente en todas partes. Y esto forzosamente supone una política, la cual, además manejando, como es debido, hombres libres, esto es, ciudadanos, tiene que establecer un concierto entre libertad y conveniencias, entre la técnica y el espíritu humano, entre los gustos, las costumbres y aún los prejuicios de una parte, y las ventajas de una vida civilizada de otra. Y si a esto se agrega esa carrera, a veces desahogada entre los requerimientos de bienestar y las posibilidades reales e inmediatas de dar satisfacción, que es justamente en lo que estamos en México, se verá que no es fácil la política...<sup>24</sup>*

Así, don Jesús Guisa y Azevedo manteniendo cierta actitud crítica ante el gobierno de Díaz Ordaz —ya que no olvidaba que formaba parte de los regímenes «semanados de la Revolución» y por lo tanto fuente de las principales corruptelas del poder contemporáneo mexicano— terminó justificando, en función de la dificultad de la actividad política en aquellos tiempos, el autoritarismo y el estilo de aquel presidente. Su crítica, por lo tanto, quedaba como una aliada, un tanto lejana pero una aliada al fin, del régimen de Díaz Ordaz.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 71.

\*

Jorge Prieto Laurens nació en San Luis Potosí en 1895. Miembro de una familia notable por su «opinión y participación política», Jorge fue el cuarto varón de una familia de siete hombres y tres mujeres. Mientras estudiaba la carrera de derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia dio inicio la Revolución de 1910. Afiliándose inicialmente al zapatismo se ligó al quehacer militar y terminó como miembro del Estado Mayor del general Enrique Estrada. Hacia fines de la Revolución ocupó el cargo de regidor de la ciudad de México y fue miembro fundador del Partido Nacional Cooperativista, que pronto se aliara con los sonorenses antes de la caída del régimen de Venustiano Carranza. Durante los periodos de 1920-22 y 22-23 ocupó una curul en el Congreso de la Nación. En ese mismo años de 1923, Prieto Laurens no sólo fue gobernador interino de San Luis Potosí y presidente municipal de la Ciudad de México, sino que formó parte central en los trabajos de la candidatura de Adolfo de la Huerta. A partir de este momento su actividad política invariablemente la hizo desde la oposición. Por participar activamente en la rebelión delahuertista fue condenado al exilio durante casi 10 años, de 1924 a 1933. Con su familia, don Jorge se estableció en Houston, Texas, en donde dirigió el periódico *La Tribuna* con el que también tuvo problemas por criticar la política norteamericana durante la crisis del 29. Ese mismo año también fue activo propagandista de la campaña de José Vasconcelos desde los Estados Unidos. Al regresar a México en 1933 formó parte en la fundación de otro partido de oposición: el Partido Social Demócrata. Su buen amigo, el general Francisco J. Mújica le dio un puesto en la Secretaría de Comunicaciones en 1935, como director de *la Revista de Economía y Estadística*. Sin embargo su afición por el totalitarismo, concretamente su constante propaganda a favor de la Italia fascista y la Alemania nazi, así como sus posibles vínculos con la rebelión cedillista, lo distanciaron de los principales miembros del gabinete cardenista. En 1939 reestructuró el Partido Social Demócrata, cambiándole el nombre a Partido Revolucionario Anticomunista, y se afilió a la campaña de Juan Andrew Almazán, de la cual fue activo militante. Durante la segunda guerra mundial sufrió un viraje importante en sus convicciones políticas: de pro-nazi se convirtió en pronorteamericano. A principios de los años cuarenta fue secretario de la Confederación Interamericana de Defensa del Continente y desde entonces presidió —hasta su muerte en 1988— el Frente Popular Anticomunista. Sin embargo se mantuvo en la oposición y fue activista en la candidatura de Ezequiel Padilla en 1946. Por aquellas fechas los miembros del Partido de

Acción Nacional lo invitaron a participar con ellos en campañas y trabajos políticos. Pero don Jorge les respondió negativamente. El mismo contaba:

*... A los mismos de Acción Nacional les dije: «No yo con ustedes no puedo ir, porque ustedes son un partido independiente, tibio; y para ser de oposición, hay que ser de veras de oposición, ir al extremo necesario, pero no a medias tintas, a mitad con el gobierno y mitad en contra, eso no puede ser». Como yo era amigo y compañero de Manuel Gómez Morín, desde la Escuela de Jurisprudencia, él me dijo: «No, yo te entiendo muy bien Jorge; tú no aceptas esta política nuestra, porque no te das cuenta que es necesario conciliar». «Sí —le dije—, un partido de oposición conciliador, pues no es partido de oposición, mejor ingresen al PRI, eso es lo debido y lo correcto, ahí desarrollen su actitud conciliadora...»<sup>25</sup>*

Así, radicalizándose cada vez más, Jorge Prieto Laurens se negó a participar con otras agrupaciones de derecha, como el Sinarquismo y el posterior Partido Demócrata Mexicano. Sus convicciones lo encerraron en el periodismo y en ese extraño fantasma que él mismo creó y que hasta los años setenta seguía publicando cuadernillos: el Frente Popular Anticomunista Mexicano.

Como periodista publicó semanalmente una columna en la revista *Impacto* desde su fundación en 1949. Y fue autor de cerca de 15 volúmenes, entre los que se cuentan *La república cooperativa* (1933), *Balance moral y político de la XXX Legislatura* (1935), *El problema de La Laguna* (1937), *Por los fueros de la verdad* (1938) *El libro negro del comunismo en Guatemala* (1954), *Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas* (1968), *Antonio Díaz Soto y Gama, precursor de la revolución, ideólogo del agrarismo* (1971) y *Anécdotas Históricas* (1977).

A diferencia de Jesús Guisa y Azevedo, Jorge Prieto Laurens fue más práctico que teórico. Si bien Prieto utilizó muy frecuentemente las razones, categorías y desmesuras del clásico discurso de la derecha mexicana, sus textos, por lo general, se enfocaban en contra de situaciones muy concretas. Menos preocupado por la hispanidad y el orden espiritual, en sus memorias definió tres rubros centrales que lo preocuparon y que activaron su reacción opositora: la insuficiencia y corrupción en el reparto agrario, el acaparamiento del poder por un solo partido y la «amenaza» comunista.

Al respecto del primer rubro afirmaba:

<sup>25</sup> Luis Prieto R., Guillermo Ramos y Salvador Rueda, (compiladores), *Un México a través de los Prieto. Cien años de opinión y participación política*, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana «Lázaro Cárdenas» A. C. Jiquilpan, Michoacán, 1987, p. 496.

*Yo creo que era indispensable acabar con los latifundios; claro que puede llegar un momento en que los pequeños agricultores se asocien en forma de consorcios o de cooperativas para que produzcan en común, y obtengan en común los bienes necesarios, la maquinaria, todos los insumos necesarios para poder producir más, ese es un problema técnico, de producción, de productividad... Lo malo es que se resolvió el problema agrario desordenadamente, repartiendo tierras sin ton ni son, tierras a gentes impreparadas, a gentes sin elementos económicos, carentes de medios económicos... Cárdenas les dio muchos millones de pesos a los bancos ejidales para que se los hicieran llegar a los campesinos; les llegó la décima parte o la milésima parte a los campesinos, lo demás se quedó entre los funcionarios. Ahí empezó la corrupción...<sup>26</sup>*

Y esa corrupción, según Prieto Laurens, tenía su origen en el uso exclusivo del poder. Uno de los creadores del sistema político mexicano contemporáneo, el general Plutarco Elías Calles, fue enemigo acérrimo de Prieto, y según él, don Plutarco fue el artífice de esta «máxima corrupción» personificada en el Partido Nacional Revolucionario. Como «partido oficial» y antecedente de los otros dos «partidos oficiales» del periodo pos-revolucionario, ese fue el factor decisivo de la «antidemocracia» mexicana.

*...El servilismo, la sumisión, la adoración, implantados por Calles entre los aborregados del Partido Oficial y Unico, el PNR, al que pertenecían obligatoriamente todos los funcionarios y empleados federales, estatales y municipales ha sido el mal mayor de la política mexicana... Por eso es un honor llevar el título de opositor...<sup>27</sup>*

Pero quizá la bandera más representativa de la actividad política y del discurso de Prieto Laurens, desde los años cuarenta hasta su muerte, fue el anticomunismo. A través de aquel maniqueísmo característico del pensamiento de la derecha, el mal, «lo satánico», «lo diabólico», estaba plenamente identificado, según Prieto, con el comunismo. Mucho más elementales que los «saltos teóricos» de Guisa y Azevedo, las detracciones de don Jorge sobre el comunismo podrían perfectamente pertenecer al diccionario de la hipérbole y la exageración. Un sólo ejemplo basta. En 1969 escribía:

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 502.

<sup>27</sup> Jorge Prieto Laurens, *Anécdotas Históricas*, Costa-Amic, México, 1977, p. 169.

*...El mayor ideal que puede dársele a la juventud moderna es luchar contra el comunismo en todas sus expresiones que pueden ser cinco:*

*a) En su expresión brutalmente materialista que disminuye la dignidad humana, considera a la materia como el centro de su filosofía y elimina lo espiritual.*

*b) Combatiendo al comunismo como doctrina política basada en la guerra, la agresión, la tortura, el espionaje, la dictadura más feroz que se haya conocido jamás y la supresión de todas las libertades, etc.*

*c) La juventud debe combatir también el aspecto económico del comunismo, de una economía destinada casi totalmente a propósitos guerreros y no a elevar el nivel de vida de los habitantes y hacerlos más felices de alguna manera, sino la constante creación de armas de destrucción con objeto de dominar al mundo.*

*d) La juventud debe dedicarse al regreso hacia Dios, luchando con todas sus fuerzas contra el ateísmo comunista que niega no sólo a la espiritualidad, sino a cualquier principio filosófico de todas las cosas y que persigue con saña todas las religiones, atentando contra la personalidad humana que aspira por alguna religión trascendente, es decir, más allá de la materialidad de esta vida.*

*e) Finalmente, la juventud debe combatir al comunismo en sus aspectos sociales, tratando de convertir su técnica de lucha de clases, de odio entre grupos sociales y económicos, en amor, en comprensión y entendimiento entre ellos, exactamente como la juventud manifiesta que lo desea...<sup>28</sup>*

Para Prieto Laurens, al igual que para muchos otros representantes del pensamiento de derecha, la amenaza del comunismo era un hecho real y vigente. Siguiendo lineamientos, en cierta medida emparentados con la paranoia, el discurso de Prieto veía comunistas en todo ámbito que oliera a agitación. Usando recursos que parecían ligarlo más con el macartismo y la «caza de brujas» norteamericana de los años cincuenta, sus argumentos se basaban en toda clase de predicciones catastrofistas en caso de que el comunismo «tomara por asalto a la nación mexicana». La cercanía del «comunismo» en la Guatemala de Jacobo Arbenz en los años cincuenta y la posibilidad de un «contagio cubano» en los años sesenta, lo hicieron escribir una larga serie de artículos y organizar un número enorme de mítines y

<sup>28</sup> Jorge Prieto Laurens, «Proposición concreta a la Juventud» en *Publicaciones del F.P.A.C.M. de Divulgación Histórica, Orientación y Propaganda*, vol. 4, México, 1969, p. 14.

reuniones, que lo convirtieron en el paladín del anticomunismo mexicano. Durante esos años, con la representación del Frente Popular Anticomunista Mexicano, recorrió gran parte de la república denunciando aquella «amenaza», y en varios lugares como Guadalajara, Morelia, Monterrey, Saltillo y Querétaro, tuvo, al parecer, una buena cantidad de seguidores.<sup>29</sup>

La relación de Prieto Laurens con el régimen de Díaz Ordaz estuvo marcada por este anticomunismo. Si bien desde 1964 sus artículos en la revista *Impacto* contenían los detalles de sus *Memorias Políticas*, publicadas en un gran tomo en 1968, sus ocasionales textos editoriales no-históricos, se referían fundamentalmente a las posibles «infiltraciones comunistas» en este país. Por lo general no atacó al gobierno diazordazista, pero tampoco lo justificó en demasía. Sus aires opositoristas lo hicieron mantenerse críticamente al margen hasta 1968, en que los escritos sobre sus «acciones revolucionarias» fueron interrumpidos para opinar sobre el gobierno y el movimiento estudiantil.

\*

Los acontecimientos de 1968 fueron tratados por Jesús Guisa y Azevedo y Jorge Prieto Laurens en forma bastante disímbola. Desde tribunas muy distintas —la revista *Lectura, Libros e Ideas* y el semanario *Impacto*— ambos se refirieron al movimiento estudiantil reciclando muchos de los clásicos recursos de la retórica derechista, pero también —sobre todo Guisa— intentando una comprensión muy particular de los acontecimientos. Prieto, por su parte, aprovechó para dar rienda suelta a sus furias anticomunistas, no sin dar unas cuantas «lecciones» sobre las obligaciones de los estudiantes y el gobierno.

Desde los primeros días de julio, Jesús Guisa y Azevedo pareció prever la agitación estudiantil. En una reflexión que tituló «Los viejos y los jóvenes de ahora. Generaciones en conflicto» afirmaba:

*...Son los jóvenes y señaladamente los que estudian...en las universidades, los que con más decidida voluntad quieren caminar muy de prisa y llegar lo antes posible a un término, el previamente deseado... Y volvemos en esto del término deseado, a la vaguedad, a las palabras llamativas... En la prisa con que vivimos ahora y en esto de la velocidad, que es mayor en la generación joven que en la generación adulta, radica el conflicto entre una y otra... No hay que desdeñar los inventos, ni logros de la técnica, pero hay que exaltar los valores humanos superiores, el concierto del hombre consigo mismo, por ejemplo...<sup>30</sup>*

<sup>29</sup> *Impacto*, 16 de febrero de 1966.

<sup>30</sup> *Lectura, Libros e Ideas*, 1 de julio de 1968 p.6.

Para Guisa y Azevedo esa prisa juvenil no era más que falta de madurez, falta de reflexión. Las inquietudes mostradas en acciones de grupos juveniles que pretendían seguir las modas musicales y de vestido provenientes del extranjero, eran producto de esa prisa y de esa falta de pensamiento individual, y que contradecían «los valores humanos superiores». A los quince días de publicadas las reflexiones anteriores, Guisa volvió sobre el asunto diciendo: «...A esta generación, más que a las pasadas, le falta soledad, la cual es meditación. Y ella, sólo ella puede darle madurez...».<sup>31</sup>

Al desatarse el movimiento estudiantil, sin embargo, Guisa y Azevedo, más que ponerse del lado del gobierno, pretendió reflexionar sobre el autoritarismo. Con una posición un tanto contradictoria, por una parte veía cierta falta de firmeza en la actitud represiva gubernamental, pero por otra alertaba sobre los posibles excesos de la misma. Decía:

*...con todo y existir corrientes varias de anarquía y prácticas de descrédito de la autoridad, religiosa, política o simplemente paternal, ha habido insuficiencia de esta. Y esta insuficiencia es la que fomenta, provoca, refuerza y vigoriza, con más prontitud y más ampliamente las embestidas de la autoridad...»<sup>32</sup>*

En los primeros días de septiembre, cuando la confrontación entre el régimen de Díaz Ordaz y el movimiento estudiantil estaba alcanzando sus puntos más tensos, Guisa intentó mantenerse al margen de compromisos con un artículo titulado «Díaz Ordaz tiene razón, los estudiantes en sus protestas tienen razón, la sociedad en sus demandas de tranquilidad tiene razón. ¿Por qué el enfrentamiento?». A través de un discurso en donde abundaban las referencias históricas, desde el tlatoani hasta el «misterio de la presidencia», el articulista justificaba a Díaz Ordaz puesto que quería «...ser el representante adecuado de la autoridad...», tratando de mantener la calma; pero también daba la razón a los estudiantes por «...oponerse a las represalias brutales de la policía y del ejército...». Sin embargo, más que buscar en el conflicto mismo la respuesta a su pregunta de ¿por qué el enfrentamiento? su texto se perdía en reflexiones sobre «...la democracia de los usos indígenas y de las tradiciones españolas...».<sup>33</sup>

Jorge Prieto Laurens en cambio, se lanzó en contra del movimiento

<sup>31</sup> *Ibidem*, 15 de julio de 1968 p. 36.

<sup>32</sup> *Ibidem*, 15 de agosto de 1968, p. 103.

<sup>33</sup> *Ibidem*, 1 de septiembre de 1968, p. 37.

estudiantil en un artículo titulado «¿Que pretenden?» Comentando la solicitud de diálogo con el gobierno que hiciera el Comité Nacional de Huelga, el anticomunista afirmaba que los estudiantes «... no comprenden que las autoridades no pueden entregarse al capricho de una masa irresponsable e inconsciente, donde siempre abundan los insultos y las intemperancias...La rebeldía es injustificada y anti-mexicana y eso es lo que caracteriza al "Comité de Huelga"..."»<sup>34</sup>

Prieto reconocía también que la policía y el ejército habían reprimido en exceso. Sin embargo justificaba la acción del gobierno, ya que veía detrás del movimiento una maquinación de agitadores profesionales. Si bien en este primer artículo no hizo referencia directa al comunismo, en el de la siguiente semana abundó sobre el tema. El conflicto estudiantil se debía, según él, a los agitadores comunistas que celebraron su aniversario el 26 de julio mezclándose con los estudiantes, generando «...una tremenda y confusa agitación política, francamente subversiva...». Afirmaba que los «...inconfundibles actos de adhesión y simpatía a los jefes del comunismo internacional, como fueron las efigies del Che Guevara, de Mao Tse Tung y de Castro Ruz, las banderas rojas... y el trapo rojinegro que se atrevieron a colocar en el mástil destinado a la bandera de la patria..» eran claras muestras de la infiltración de los agentes del comunismo internacional en el movimiento estudiantil. Su «paranoia» incluso lo hacía comprobar lo dicho refiriéndose a que en la Conferencia Tricontinental de la Habana del año anterior «...se resolvió provocar subversiones comunistas con la finalidad de extender la Revolución Castro-Comunista e implantar gobiernos similares al de Cuba...» en todo el mundo.<sup>35</sup>

El anticomunismo también se sintió en los textos quincenales de Guisa y Azevedo. Tratando de apartarse un poco del tema del momento, el primero de octubre don Jesús se preguntaba «¿Qué es lo que lee el pueblo mexicano?». Y afirmaba:

*...Los estudiantes... en mayor cantidad cada año, son los que leen más. Desgraciadamente y fuerza es reconocer que por la carencia de los profesores... leen las rebabas, los desperdicios, los desechos, las sobras, la basura de la especulación de Occidente, que no es otra cosa que el marxismo*<sup>36</sup>

<sup>34</sup> *Impacto*, 4 de septiembre de 1968, p. 5.

<sup>35</sup> *Ibidem*, 11 de septiembre de 1968, p. 45.

<sup>36</sup> *Lectura, Libros e Ideas*, 1 de octubre de 1968, p. 69.

Pero la brutal represión de Tlatelolco nuevamente separó los puntos de vista de Guisa y Azevedo y Prieto Laurens. Si bien ambos se inclinaron por censurar a los comunistas, Guisa mantuvo una posición una tanto más crítica al escribir sobre la falta de información que imperó en aquel momento. Partiendo de los encabezados periodísticos que atribuían la matanza a los agitadores comunistas y éstos al gobierno, en las páginas de *Lectura* decía:

*...Nunca como ahora, la autoridad ha estado sola, sola con informaciones deformadas...haciéndolas instrumento de villanos...Y los que hacen ruido y gritan con la intención... de confundir y hacer más oscura la verdad...son los comunistas... Cobardía, torpeza, retrainimiento, silencio, indiferencia, en los que «profesan amor a la inteligencia» son cosas que han favorecido las andanadas, confundidas con el insulto y las vías de hecho, cuyos resultados los tenemos en Tlatelolco. Y una vez más habría que repetir el dicho de San Juan en su Evangelio: veritas liberabit vos, la verdad os hará libres...<sup>37</sup>*

En cambio Prieto Laurens insistió en la responsabilidad de los comunistas en la tragedia de Tlatelolco. En un artículo titulado «El principio del fin» comentaba que la matanza sucedió «para calar al pueblo y a la opinión pública» en el intento de crear un gran partido de izquierda... «que lleve como vanguardias y comandos de choque a los más aguerridos jóvenes estudiantes...» Aprovechaba también para desacreditar a la mayoría de los partidos políticos mexicanos por su incapacidad a la hora de retener esta «marejada roja», y lanzaba una vez más sus ímpetus opositoristas con el afán de crear un nuevo partido que

*...agrupe a los mexicanos de todas clases, que enarbole un programa concreto de legítimas aspiraciones, que garantice la justicia y el orden, que desenmascare a los falsos revolucionarios, que garantice el funcionamiento genuino de la democracia y que aborde la resolución de todos los problemas nacionales de acuerdo con la legislación vigente o con el estudio, la revisión y las reformas legales indispensables. De lo contrario preparémonos para contemplar la instauración de un régimen extremista de tipo ruso, asiático o antillano, adaptado a México...<sup>38</sup>*

<sup>37</sup> *Lectura, Libros e Ideas*, 15 de octubre de 1968, p. 102.

<sup>38</sup> *Impacto*, 16 de octubre de 1968, pp. 48-49.

Con este texto, tan cercano a la demagogia más ramplona del momento, Prieto Laurens concluyó sus referencias al movimiento de 1968 y siguió publicando sus artículos sobre historia reciente en los que abundaban la autocomplacencia y la oposición irracional.

Guisa, en cambio volvió en varias ocasiones al tema estudiantil insistiendo en lo cambiante del mundo moderno y la responsabilidad que esto significaba para los universitarios. Si bien mantuvo su ofensiva en contra del marxismo, llegó a justificar al movimiento del 68 a raíz de

*...la desazón en que se mueve el mundo de hoy... Y que hayan obrado como obraron, y que hayan llegado a los extremos de violencia a que llegaron, no es sino el modo nuestro de hacer las cosas y la reacción a la que estaban moralmente obligados, dado que somos el país de Villa y de Zapata, oficialmente ensalzados...<sup>39</sup>*

Como puede constatarse tampoco fue una justificación sin un mensaje específico, propio de un pensador de derecha. Sin embargo, después de la revuelta quedaba una lección, la del respeto a los derechos y deberes de los estudiantes. Los primeros debían ser considerados y atendidos por el Estado, y los segundos cumplidos por los mismos estudiantes. El humanismo, un tanto patrioter y sentimental de Guisa afloraba en su último mensaje del año de 1968:

*...Y puesto que han vuelto a clases, signo es de que tienen conciencia del deber, de que su condición de estudiantes los fuerza a mantenerse como tales, a ser, de verdad y cumplidamente, estudiantes, atentos, por consiguiente, a las enseñanzas, dispuestos a asimilar la ciencia y a madurar su espíritu, empeñados en perfeccionar su calidad de hombres y prontos a ejercer sus derechos de ciudadanos mexicanos, obreros diligentes en la empresa de enriquecer a México con las riquezas de más valía, las de crecimiento constante, y, a un tiempo, las de permanencia continua, a saber, las riquezas propiamente humanas...<sup>40</sup>*

Así, estas dos vertientes del pensamiento de la derecha mexicana —una agresiva y arrebatada, y la otra más reflexiva aunque igual de rígida— se separaron a la hora de tratar los sucesos del 68. Cada una respondió

<sup>39</sup> *Lectura, Libros e Ideas*, 15 de noviembre de 1969, p. 38.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 39.

conforme con sus propios métodos a dichos acontecimientos, aunque en el fondo ninguno vaciló a la hora de tomar partido. Independientes, al parecer, de los designios del gobierno de Díaz Ordaz, estas derechas rechazaron el posible liderazgo que la izquierda pretendió ejercer en el movimiento estudiantil, clamaron a favor de la autoridad y regresaron a sus actividades de oposición y crítica marginales, una vez concluido el conflicto. Como voces de la derecha las dos dejaron estas constancias, que bien pueden servir como testimonio de la diversidad que conforma el pensamiento reaccionario mexicano.